

6 Noviembre • 20 Diciembre

Los cuadros de las Estaciones

Otras obras de Ramón Gaya

Homenaje al Velázquez de Orihuela

Gouache sobre papel, 61 x 45 cm. 1990



gracias a

 ARTES GRÁFICAS
NOVOGRAF


MUSEO RAMÓN GAYA
AYUNTAMIENTO DE MURCIA

Santo Tomás en Orihuela

En la provincia levítica e inmóvil encontramos un Velázquez tranquilo y definitivo. El epicentro de la belleza de esta comarca fenicia y febril está en la catedral de Oleza. Allí se esconde entre humedades y paredes desconchadas la Tentación de Santo Tomás del sevillano. En él vemos al santo napolitano exhausto después de vencer las proposiciones deshonestas que le envió su familia para hacerle desistir de sus píos propósitos. Un Santo Tomás ayudado por un ángel que le

sujeta y le ayuda a levantarse. Otro ángel que se le acerca con el cingulo de la castidad, que viene a premiar al perseverante, al hombre que puso a prueba su fortaleza y venció. Pero que llegó al extremo. Un ángel dulce y firme, sereno y solícito, que anuncia el premio de esa fortitud, de esa tozudez propia de la fe que servirá después para esa labor evangelizadora que desplegará en distintas cátedras de Europa Tomás, el dominico napolitano. En 1630, el propio Velázquez estuvo en Nápoles (recordemos que el cuadro está fechado poco después), donde tuvo un más que probable encuentro con Ribera.

Gaya vuelve una vez más a su maestro primero, al pintor por excelencia. Ese que para él expresa más verdad; con Velázquez el arte no se hace, como quisiera Platón, degradación de la realidad, sino verdad él mismo. Arte pleno es verdad. Y nadie ha alcanzado tanta verdad en pintura como Velázquez. En el cuadro de Orihuela, Gaya se fija para su homenaje en ese ángel tan real, tan sólidamente sereno, tan pleno. Ángel en el que sostenerse cuando nuestras fuerzas, hombres débiles hechos de carne débil, se agotan. Cuando sucumbimos a las contrariedades y el arte verdadero nos hace descubrir el rostro de los miedos que nos acechan. Ese refugio que es el arte (y que tanto acompañó a Gaya) se nos ofrece en este homenaje hondo y sincero. Y como en todo homenaje de Gaya, el homenajeado se sienta a la mesa de su propio universo pictórico; se trae a la esencialidad de una jarra, de un vaso medio lleno, de ese microcosmos cotidiano y concentrado que Gaya nos da una y otra vez, de forma casi obsesiva, como para no olvidar nunca la cercanía de lo real, la aspiración de su arte.

El Velázquez de Orihuela es el cuadro del sevillano que más cerca se encuentra de la Murcia de Gaya. Y que el misterio hondo de Velázquez haya encontrado su camino entre estas acequias y palmerales no es sino confirmación del paisaje esencial de Gaya. Porque Orihuela y su huerta se hacen extensión de la murciana; la unidad del paisaje habla de una unidad previa, la del espíritu. El espíritu que comparten estas dos comarcas de la Vega Baja y de Murcia, que forman el poso vital de Gaya. Que nos permite aventurar lo cómodo y en casa que debía sentirse Gaya llegando hasta Orihuela para contemplar su Velázquez. Ese ángel al que abandonarnos en los momentos difíciles; quién sabe si Gaya no añoraba un ángel así después de la prueba difícil a la que lo sometía tan a menudo su modo de ver las cosas, su obediencia a una pintura que parecía anacrónica y que él, a veces demasiado solo, sabía atemporal.

Un ángel para premiar la fortaleza. Un ángel para acompañar nuestra debilidad.

José Vicente Quirantes